

FILMS

DE AMOR

Noches del Trópico



NUM.
153

25
CTS.

Patsy Ruth Miller

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

PRODUCCIÓN



Redacción, Administración y Talleres:
Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707
B A R C E L O N A

TELÉFONO



AÑO V

NÚM. 155

TROPICAL NIGHTS 1928 NOCHES DEL TRÓPICO

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por la popular artista de la pantalla

PATSY RUTH MILLER

por MANUEL NIETO GALAN



E X C L U S I V A S

Importaciones Cinematográficas

Aragón, 252

Barcelona



REPARTO

Mary Regan PATSY RUTH MILLER
Juan Watson Malcolm Mc Gregor

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



PRIMERA PARTE

Los Mares del Sur atraen a sus playas orladas de palmeras a la humana codicia. Por el ámbar, el coral y las perlas, los aventureros se juegan la vida en el seno azul de sus aguas, sin que en sus existencias tenga cabida más sentimiento que el de la ambición.

Juan Watson, un machacho fuerte, con la alegría del vivir reflejada en su semblante, había escuchado también la seductora voz de la sirena del trópico y con su hermano Jaime, de menor edad que él, habíase establecido en la isla, para extraer del mar aquellos tesoros.

Al poco tiempo de llegar a la isla habían formado compañía con un sujeto llamado Guillermo Carey, uno de esos haraganes que polulan por aquella tierra y en el que sólo se destacaba una pasión absorbente: las perlas. Estas eran su único cariño y por la posesión de una de ellas no hubiera dudado un solo instante en llegar incluso al crimen.

Llevaban varios años trabajando juntos,

sin que hasta entonces nada anormal hubiera venido a alterar la vida de los dos hermanos, ni la amistad que parecía sentir Carey por ellos. Trabajaban juntos e iban poco a poco adquiriendo una verdadera fortuna en perlas, que guardaban cuidadosamente.

Una noche, después de su fatigoso trabajo diurno, los tres hombres entraron en un café de la isla y Jaime se dirigió inmediatamente a un grupo de bailarinas.

Su hermano le llamó cariñosamente la atención diciéndole:

—Aléjate de estas bailarinas, pequeño... Sus almas son negras como su piel.

Jaime se echó a reír de la advertencia de su hermano y le contestó, sin que en sus palabras hubiera el menor reproche:

—Pierde cuidado, hermano mío. Ya sé conducirme como un hombre y no me dejaré engatuzar por sus falsas caricias.

Los tres magios siguieron bebiendo de pie en el mostrador, servido por el mismo dueño. Llamábase éste José Singapore y su amabilidad solía terminarse siempre al mismo tiempo que se acababa el dinero en los bolsillos de sus parroquianos.

Cuando hubo servido a sus tres clientes, pasó a una habitación inmediata, separada por unas cortinas de bambús y se encaró con un grupo de jóvenes europeas que había allí sentadas, a las que les dijo:

—Mi casa no es un asilo de coristas arruinadas. ¡Si ustedes quieren comer, diviertan a los parroquianos que pagan!

Todas las muchachas, aunque de pésima gana, siguieron el consejo de Singapore, excepto una de ellas, Mary Regan, la primera tiplé de una compañía de ópera abandonada en la isla. Mujer de una belleza extraordinaria, acostumbrada a la música de los aplausos y al perfume de la pientesía.

Singapore, al ver que permanecía sentada, se encaró con ella nuevamente y volvió a decirle:

—¡A ver si se ha creído usted que está en el Ritz, Sarah Bernard!... ¡Alterne o váyase!

Mary le volvió la cara, sin quererle escuchar y el dueño del café, expresando su mal humor con un puñetazo sobre la mesa, volvió nuevamente al mostrador.

Juan y Carey se habían ido, cada uno a una mesa distinta, con una de las coristas, mientras que Jaime permaneció allí, esperando que le sirvieran.

Al ver a Mary, quedó sorprendido por la belleza de la joven y fué hacia ella diciéndole:

—¿Está usted tan triste como parece, señorita?

—¿Quién puede estar alegre en este desierto?—respondió, sonriendo, Mary—. Me-

nos mal que pronto vendrá un barco y podré dejar esta tierra.

Jaime movió negativamente la cabeza y le contestó:

—No me gusta desanimar a nadie, señorita; pero no habrá vapor en sesenta días.

—¡Sesenta días!—exclamó Mary—. ¡Eso es peor que una condena de prisión!

—Ya se hará usted a la isla—siguió diciéndole Jaime, cada vez más entusiasmado con la compañía de aquella mujer—. Después de todo no se pasa muy mal.

—No creo que haya en el mundo un sitio más aburrido que éste—protestó Mary.

—Si quiere usted distraerse un poco—le propuso galantemente Jaime—podemos dar un paseo por la isla... También ella tiene sus encantos.

Mary miró atentamente al joven y en sus hermosos ojos brilló como un relámpago de alegría, al comprender que aquel hombre se diferenciaba por completo a todos los demás habitantes de la isla. Hasta entonces no había visto en ella más que tipos groseros, seres sin el menor átomo de educación, que se creían con el derecho de abusar de ellas, y al ver la diferencia de Jaime, no dudó en aceptar su ofrecimiento.

Salieron afuera y durante más de una hora estuvieron recorriendo la isla, hasta que al

fin, Jaime la llevó cerca de su cabaña y ya en la puerta le dijo:

—En mi humilde cabaña... ¿Acepta usted un momento de descanso?

Mary entró decidida y confiada y una vez en el interior, Jaime, con esa alegría de sus pocos años, le dijo, señalando a un gramofono que allí había:

—Un ratito de buena música, ¿verdad? Son discos modernos; sólo tienen dos años.

Mary reía de buena gana con las ocurrencias de aquel muchacho, hasta que, finalmente, extrañada de que viviera allí, le preguntó:

—¿Usted parece diferente a todos los demás hombres de por aquí. ¿Cómo se aviene a vivir con ellos?

—Voy a darle a usted la explicación del por qué sigo en esta isla olvidada de Dios.

Fué hacia un cajón que hacía las veces de baúl y sacó de su interior una bolsita de cuero, se acercó nuevamente a la mesa donde estaba Mary y extrajo varias perlas que tenía en la bolsa, diciéndole:

—He aquí el motivo de mi estancia en la isla. Mi hermano y yo nos dedicamos a la pesca de perlas, para que luego se adornen las mujeres. ¡Si ustedes supieran los sacrificios y las vidas que cuestan esa frivolidad femenina!

Ella lo miró compadecida de sus palabras



— Mary miró atentamente al joven.

y Jaime recobrando nuevamente su habitual alegría, volvió a decirle:

—¡Qué bien estaría una sarta de ellas sobre su divino cuello!

Y mostrándole la mayor de ellas, siguió diciéndole:

—Esta sola perla podía pagar su vuelta a casa... si usted quisiese.

Mary comprendió en seguida la intención de aquellas palabras y, levantándose indignada, exclamó:

—¡Gracias!... ¡Prefiriría volver a nado!

El muchacho la siguió y cuando estuvo otra vez cerca de ella, le cogió el collar indígena, con el que se adornaba el cuello la artista y le dijo:

—Esta baratija, echada de pedruscos, está bien para las mujeres indígenas, no para usted...

—Es posible — exclamó ella —; pero las baratijas tienen el don de no tentar a los ladrones...

Jaime había cogido entre sus manos el collar que llevaba puesto Mary y ésta en un ademán brusco lo rechazó, haciendo que el collar quedara entre sus manos.

Sin darle importancia al incidente Mary se acercó a la mesa para componer el collar y Jaime volvió nuevamente a insinuarse diciéndole:

—¿De verdad no quiere usted esta perla?

—No — respondió secamente ella—. Me gusta más mi baratija.

Sin poderse contener más tiempo ante la belleza de la artista, Jaime aproximóse más a ella y la besó en el cuello.

Mary tuvo un movimiento de protesta. Le dió un empujón y el muchacho cayó al suelo. En su caída recibió un golpe contra el cajón que servía de baúl y quedó sin conocimiento.

Al ver que no se levantaba y creyendo que

solamente se trataba de una broma, Mary se acercó a él diciéndole:

—No sea usted niño y levántese.

Pero no obtuvo la menor respuesta. Se inclinó a él y entonces fué cuando se dió cuenta de su estado. Un terrible pensamiento cruzó por su mente. Tuvo la seguridad de que impensadamente lo había matado y trató, aunque inútilmente, de ver si lo podía reanimar.

SEGUNDA PARTE

Carey había abandonado el café y volvía hacia su cabaña. Se extrañó de ver la puerta abierta, mas pensó que Jaime habría vuelto a dormir y entró decidido.

Mary al oír pasos corrió hacia la ventana y huyó por ella temiendo ser descubierta, sin que Carey pudiera ver más que un solo segundo a la mujer que huía. Se acercó a Jaime con la idea de auxiliarlo, más al ver que tenía en su mano la bolsita de las perlas, la idea de apoderarse de ellas pudo en él más que su sentimiento de amistad. En el mismo instante que se adueñaba de la bolsa, Jaime

volvió en sí y al darse cuenta de la acción de su compañero le gritó indignado:

—¡Ladron!

Carey, al verse descubierto, se abalanzó sobre Jaime, pero éste repuesto ya intentó hacerle resistencia. Ante el temor de que pudiese llegar de un momento a otro su hermano Carey quiso deshacerse cuanto antes de su rival y le dió un terrible golpe en la cabeza, que hizo rodar sin vida al infortunado joven.

Se apoderó inmediatamente de las perlas y saltó por la misma ventana que había huido Mary, antes de que llegase Juan.

Minutos después se presentaba éste y lo primero que vió fué a su hermano tendido en el suelo. Pensó en el primer instante que se debería a que su hermano habría bebido más de lo conveniente y lo cogió en sus brazos, diciéndole:

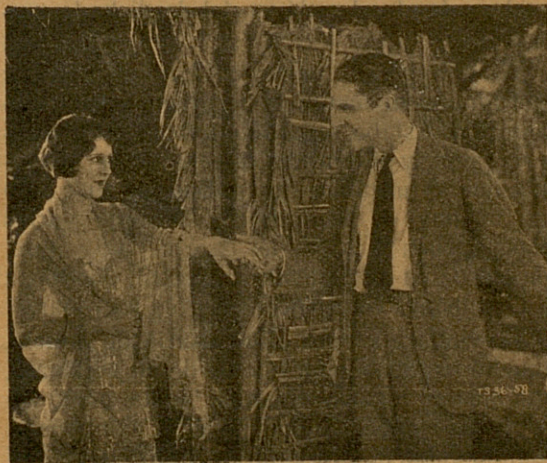
—¿Qué es eso, pequeño?... ¿Qué te ha pasado?

Jaime abrió los ojos, al oír la voz amada y aun cuando quiso dar el nombre del asesino, sólo pudo decir:

—Juan... ha sido... que...

Durante más de una hora Juan permaneció abrazado al cadáver de su hermano, hasta que apareció Carey, que le preguntó fingiendo extrañeza:

—¿Qué es lo que ha pasado?



Se despidieron...

—No sé, amigo mío—respondió llorando Juan—. Al entrar he visto a mi hermano moribundo, sin que me haya podido explicar nada.

—Habrá sido algún indígena, para robarle—respondió Carey—. Mira aquí hay un collar que nos servirá de pista para descubrir al asesino.

Juan se apoderó inmediatamente del objeto y los dos amigos permanecieron toda la

noche velando el cadáver del desdichado muchacho.

Mary huyó de nuevo al café, sin poder apartar de su mente la terrible visión de lo sucedido. Estaba segura de haber dado muerte a Jaime y le parecía que todas las personas que la miraban descubrían en su rostro las huellas de su crimen. Durante varios días, apenas si salió del café de Singapore, encerrada en un mutismo y tristeza, que hasta a sus mismas compañeras llegó a extrañar.

Sin embargo, para el comisario de policía, aquello tratábase únicamente de un asesinato, uno más de los cometidos en la isla, como así se lo hizo saber a Juan y a su compañero, cuando éstos se presentaron a dar cuenta del hecho.

—Creo, señores, que no hay duda sobre el caso — les dijo el comisario—. Este collar indígena define bien la naturaleza del asesino. Es la eterna historia del hombre blanco y la muchacha del país.

—Podríamos indagar entre los indígenas —propuso Carey.

—Es inútil hacer indagaciones entre los naturales del país—le respondió el comisario—. Pero no dejaremos piedra sobre piedra para aclarar este misterio.

—¡Y yo no descansaré hasta dar con el asesino!—exclamó a su vez Juan.

Carey, por un momento sintió cierto escalofrío recorrer todo su cuerpo, cuando oyó las palabras de su compañero, pero la seguridad de que nadie podría hablar terminó por tranquilizarlo.

TERCERA PARTE

Pasaron varios días y la vida en la isla siguió su curso normal, sin que nada se supiera del asesino de Jaime Watson.

Mary seguía sufriendo las impertinencias del dueño del café, que una noche, sentado a su mesa le dijo:

—Mis clientes se quejan de que ha traído usted aquí el frío del polo.

—Piense usted que yo no estoy contratada aquí—respondió ella—. Soy solamente una huésped, que me marcharé en cuanto llegue barco.

—Sin embargo, es usted una huésped que no paga—exclamó rudamente Singapore.

Y levantándose de su lado, se dirigió a otra mesa, donde un borracho gritaba desahoradamente, no sin decirle antes:

—Por última vez se lo digo... ¡O se hace usted amable, o se va a dormir al raso!

El borracho seguía dando golpes sobre la mesa y Singapore se acercó a él y le dijo:

—¿Qué te pasa muchacho?

—¡Quiero una mujer que me divierta!— exclamó.

—Allí tienes a dos muchachas indígenas— le contestó el dueño—. Pero antes es preciso saber si tienes dinero para pagar.

Por toda contestación el borracho sacó una hermosa perla y se la mostró al dueño diciéndole:

—Esta es Lili... mi perlita mimada. Te la daré si me procuras una mujer que me guste.

—¿Y aquélla no te agrada?—le preguntó Singapore señalando a Mary.

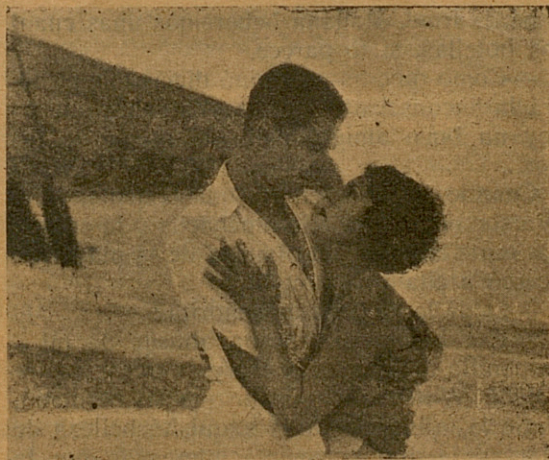
El borracho la miró y exclamó:

—¡Has acertado!... Voy a invitarla a dar un paseo por la isla.

El dueño, antes de dejar marchar al cliente se apoderó de la perla y éste se fué a la mesa que ocupaba Mary.

—Oye, preciosa—le dijo casi cayéndose sobre ella—. ¿Quieres beber conmigo un poco de champaña?

Mary le volvió la cara sin hacerle caso, mas él continuó insistiendo, hasta que intentó besarla. La muchacha se levantó y echó a correr hacia la puerta, pero antes de llegar



—Yo sabré esperar hasta que accedas a ser mi mujer.

a ella tropezó con Juan, que entraba en aquel instante.

—No se asuste, señorita—le dijo—. Yo la libraré de ese impertinente.

Se acercó al borracho y echando la cosa a broma, para evitar pelea, le dijo:

—Pero... ¿de dónde sales muchacho?

—He venido a divertirme—le respondió el otro, sin acordarse ya de la muchacha—. Siéntate, Juan y bebe conmigo.

—Gracias—exclamó Juan—. Es ya tarde

y he de irme. Mañana beberemos unas cuantas botellas, si te parece.

—Como quieras—terminó diciéndole el borracho inconscientemente—. Ya sabes que yo soy un buen amigo tuyo... el mejor de todos...

Cuando lo dejó sentado nuevamente, salió Watson en busca de la muchacha y la encontró sentada sobre una lancha de la playa. Se acercó a ella y le preguntó:

—¿Qué le ha pasado, señorita?

—Ese hombre intentaba abusar de mí—respondió avergonzada Mary.

Juan Watson, lo mismo que su hermano, sintió la influencia de la exquisita belleza de Mary y le dijo vivamente interesado por la suerte de la joven:

—Ese bar inmundo no es sitio para usted.

—Es lo más próximo a una imitación de hotel que hay por aquí... Yo no puedo dormir en la playa—respondió tristemente Mary.

—Yo tengo una cabaña muy modesta—exclamó Juan, dejándose llevar por el dulce sentimiento que en él había despertado la joven—; pero se la ofrezco a usted...

Mary dudó antes de aceptar el ofrecimiento y Juan insistió diciéndole:

—Debe usted aceptar. Es la única vivienda de blancos en la isla... y yo soy un guardián excelente... Mi socio está ahora ausente; así es que hay cuarto para usted... Mary no ti-

tubeó ya. También ella había experimentado una gran simpatía hacia Juan, desde que la libró del borracho y respondió:

—Ya que me ofrece su casa, tan desinteresadamente, acepto—exclamó Mary, ofreciéndole la mano, que él estrechó conmovido.

Al llegar a la cabaña Mary sintió un miedo horroroso. Reconoció en aquella cabaña, la misma donde había dado muerte a Jaime y no se atrevió a pasar de la puerta, hasta que Juan la invitó a entrar diciéndole:

—Vamos, entre... Es de usted esta casa, mientras quiera estar en ella.

Mary sonrió dulcemente al hombre que tan generosamente la protegía, y él cuando la tuvo sentada en la mesa, exclamó alegremente:

—¡Es algo maravilloso poder hablar con una compatriota en este destierro!

—Verdaderamente, no sé cómo puede usted vivir en esta isla—le contestó Mary.

—Son exigencias de la vida, amiga mía—respondió Juan.

Al ver que ella se entristecía con sus palabras Juan cambió de pronto de conversación y le dijo:

—Quiero probar a usted lo que un buen cocinero puede hacer... sólo con conservar.

Fué a la cocina y trajo varios botes de conservas para preparar la cena y en aquella intimidad, Mary sintió un bienestar que hasta

entonces no había podido disfrutar en la isla. Durante la cena cada uno habló de su vida lejos de allí, de lo que habían sido, de las esperanzas para el porvenir, hasta que por fin llegó la hora de acostarse y Juan, tomando la vela que había sobre la mesa, le dijo:

—Voy a acompañarla a la habitación que ocupará usted desde hoy.

Subió varios escalones y cuando llegó al cuarto señaló la cama, diciéndole:

—Aquí descansará usted mucho mejor y más segura que en ese café de Singapore.

Ella sonrió tristemente, agradeciéndole su hospitalidad y Juan terminó diciéndole:

—Olvide sus penas, Mary... ¿Qué importa el pasado, cuando se tiene una juventud llena de promesas?... Mire esas estrellas que lucen en el cielo y comprenderá que una noche como ésta debe inundar de alegría el alma...

Se despidieron estrechándose las manos y al sentir aquel contacto sus cuerpos se estremecieron, como si sus corazones hubieran llegado a entenderse.

CUARTA PARTE

Con el correr de los días, la pobre cabaña de Juan Watson fué adquiriendo el encanto de hogar. Mary se había convertido en el hada milagrosa que lo transformaba todo y Juan se sentía cada vez más enamorado de ella. Jamás se atrevieron ninguno de los dos a confesarse el sentimiento que inundaba sus corazones, pero en sus miradas había promesas indecibles de una pasión noble y leal.

Una mañana mientras que Mary barría la cabaña, llegó a la puerta Juan y arrojó a sus pies un ramo de flores silvestres. En seguida adivinó ella quien podría hacerle aquel obsequio y lo recogió, agradeciéndolo con una de sus más tiernas miradas.

—Parece usted un hada — le dijo Juan, mientras ella se colocaba las flores en el pecho.

—Quédese usted en mujer y todavía saldré ganando—respondió ella.

La voz de Carey, que gritaba desde fuera de la Cabaña, dió fin a la iniciada conversación y Juan se fué a esperar a su amigo que volvía de su viaje a otra isla próxima.

Apenas llegó a él, Carey le preguntó:

—¿No ha descubierto nada la policía?

—¡Nada, Guillermo!—respondió tristemente Juan.

Pero de pronto la alegría de que rebosaba su corazón se manifestó en él, diciéndole a su amigo:

—Ven a casa. Te preparo una gran sorpresa.

Al entrar en ella Carey no pudo menos que expresar su sorpresa por la limpieza que había en todo, diciendo:

—No parece nuestra vieja choza... Todo tan cuidado, tan limpio...

—Esto es sólo una parte de la sorpresa de que te he hablado — respondió Juan—. Allí, tienes la otra—. Y señaló para donde estaba Mary.

—Ya veo... Has escogido una compañera.

—Sí, pero no confundas, Guillermo—le advirtió—. Es una muchacha delicada y honesta. Nada de insolencias, ¿eh? Pórtate como un caballero... y si lo has olvidado, aprende.

Carey se acercó a saludar a Mary y al ver aquel rostro quedó sorprendido. Estaba seguro de haberlo visto en alguna otra parte, pero sin que pudiera precisar dónde.

—¿Dónde he visto yo a usted antes?—preguntó.

—Me parece que me confunde usted—res-



¿Qué desea?

pondió Mary, sonriendo—. Es la primera vez que nos vemos.

—Sin embargo, yo juraría que la he visto antes de ahora—insistió él.

Mary preparó la comida para los dos amigos, sin que Carey pudiera recordar nada más de ella.

Fueron pasando varios días más y la belleza de Mary despertó también una fuerte pasión en el corazón de Carey. Este procuraba alejarse de ella, temía su presencia.

Una tarde se hallaba Carey a la puerta de la Cabaña, cuando llegó Mary y al verla junto a él la tomó de una mano, obligándola a sentarse a su lado. La muchacha sin poder adivinar lo que pretendía, se sentó confiada y Carey comenzó diciéndole:

—¡Qué hermosa es usted, Mary!

Ella sonrió y Carey, sin darse cuenta de lo que hacía le tomó las manos y se las besó con infinita pasión. Entonces fué cuando Mary se dió cuenta del sentimiento que había despertado en Carey y quiso atajarlo, diciéndole:

—Guillermo, le ruego que no haga usted más eso.

—¡Es que estoy loco por usted... es que la quiero!—exclamó con vehemencia Carey.

Mary se había levantado, para separarse de él y Carey, al advertir su gesto de repulsión tuvo por un momento un sentimiento de caballería y le dijo:

—Bien, si es a Juan a quien usted ama, váyase con él

Y volvió a quedarse en la puerta de la cabaña luchando contra aquel sentimiento que lo embargaba.

Mary, comprendió que desde aquel momento la vida se le haría imposible en la cabaña. Ya no era solamente con su amor contra él que tendría que luchar, sino contra el deseo

de aquel hombre que no sabía respetar la hospitalidad dada por Juan. Mientras esperaba recostada en la ventana, la llegada de Watson, sus ojos se llenaron de lágrimas, al comprender la locura de aquel amor que se había posesionado de ella.

Entré tanto, Carey no apartaba la vista de ella y al verla en aquella actitud, en la misma que la encontró la noche del asesinato, recordó el momento en que por primera vez la conoció.

—¡Ya eres mía!—exclamó gozoso—. ¡Veremos si te resistes cuando yo te diga que te he visto saltar esa misma ventana la noche de la muerte de Jaime!

Pero se contuvo antes de decirle nada, esperando que llegase la noche.

Después de la cena, Juan y Mary salieron a dar un paseo por la playa. Y en el encantamiento de la noche del Pacífico, bajo el ensueño del claro de luna, tejiendo su eterno hechizo, los dos enamorados se sintieron más unidos que nunca.

—¿Tomará usted el vapor, cuando venga, Mary?—le preguntó él.

—No hay más remedio, Juan... Y, sin embargo, le juro que nunca he sido tan feliz, como ahora...—respondió ella tristemente.

—No se vaya usted, Mary—suplicó él, poniendo en sus palabras todo el fuego de su

amor—. Debe quedarse, para mí, para mi amor, que la necesita.

Mary se separó de él, temiendo que pudiese descubrir en ella el amor que por él sentía y Juan atrayéndola dulcemente, volvió a decirle:

—¿Por qué me huye, Mary?... ¿Le disgusta acaso haberme inspirado este amor?

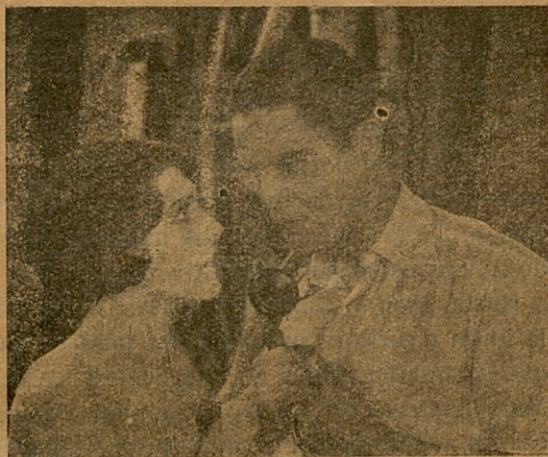
La artista lo miraba expresando en sus ojos toda la pasión de que se hallaba poseída e instintivamente iba acercándose a él. Ninguno de los dos se dieron cuenta, hasta que sus labios se unieron en beso, fuerte, avasallados, un beso de verdadera pasión de sus almas. Mary fué la primera en reponerse y exclamar, asustada:

—Juan, nosotros no podemos ser más que amigos... y no me pregunte usted por qué. No podría explicárselo...

—No le exijo una contestación definitiva, Mary—respondió Juan, mientras se dirigían a la cabaña—. Yo sabré esperar, hasta que usted acceda a ser mi mujer.

Estas fueron las últimas palabras que le dirigió durante todo el trayecto, hasta que se despidió de ella, dejándola en su habitación.

Al quedar sola fué cuando Mary sintió todo el peso de su desgracia. Amaba a aquel hombre, estaba segura de que le amaba, como solamente se ama una vez en la vida, pero



—¡Juan, por Dios!

tenía que renunciar a aquella dicha. Ella jamás podría ser la esposa del hermano de su víctima. Entre ellos se levantaría amenazadora la sombra del muerto como reprochándole su segundo crimen.

Se hallaba presa de estos tristes pensamientos, cuando se abrió la puerta y entró Carey.

—¿Qué desea?—preguntó Mary, poniéndose en guardia.

—¿Y todavía me lo pregunta?—respondió sonriendo cínicamente él.

En su mirada advirtió Mary las infames intenciones de aquel hombre y le gritó, señalándole la puerta:

—¡Salga de aquí, o gritaré!

—Cálmese y no me rechace—volvió a decirle Carey, creyéndose dueño de la situación—. De lo contrario tendré que decir dónde la vi a usted por primera vez...

Hasta Juan habían llegado las voces de la joven y corrió a su habitación, para ver de qué se trataba. Antes de que llegara a ella, Mary apareció corriendo y se refugió en sus brazos, segura de hallar allí la protección que necesitaba.

—¡Sálvame, Juan!—exclamó Mary llorando—. Este hombre es indigno de ser su amigo...

Watson avanzó hacia Carey con ánimo de castigarle, mas éste lo detuvo diciéndole:

—Te engaña, Juan... Quiere enemistarnos, porque cree que yo no debo estar aquí, sabiendo lo que sé...

—¿Qué es lo que tú sabes?—exigió enérgicamente Juan.

—Pregúntale dónde estaba ella la noche del asesinato de Jaime,

Mary se comprendió perdida. Sabía el cariño que Juan sentía por su hermano y no tuvo fuerzas para defenderse siquiera.

Watson se acercó a ella y le preguntó:

—¿Qué es lo que quiere decir Guillermo?... ¿Acaso sabe usted algo de la muerte de mi hermano?

—Fué un... accidente—balbuceó Mary, llorando—. Tropezó y al caer... pero yo no lo maté.

Aquella declaración hizo olvidar a Juan todo el amor que sentía por la joven. Su indignación llegó a tal extremo, que sin pensar en lo que hacía llamó por teléfono al Comisario y le dijo:

—He encontrado a la mujer que asesinó a mi hermano...

—¡Juan, por Dios!—suplicó ella.

Mas él sin hacerse cargo de su súplica ni del dolor que expresaba al verse denunciada, precisamente por el hombre a quien tanto amaba, siguió diciendo:

—Se llama Mary Regan... Es una tiple de esa compañía de ópera que quedó aquí... Haga que sus agentes la busquen por la isla...

Colgó el aparato y dirigiéndose a ella le dijo.

—¡Ahora váyase!... ¡Aun tiene usted que agradecerme que no la entregue yo mismo... Refúgiense en la selva... busque allí la muerte si es preciso... pero salga de aquí...

Y Mary, poseída del terror de verse en poder de la Justicia y sintiendo todo el dolor de la acción de Juan, huyó despavorida por la selva, sin rumbo fijo...

PIDA el nuevo SUPLEMENTO del CATÁLOGO "BIBLIOTECA FILMS" que contiene entre otros éxitos EL DESFILE DEL AMOR y las nuevas tarjetas postales "LOS DIEZ MAS SUGESTIVOS BESOS POR LOS ARTISTAS MAS SIMPATICOS"

Lo remite gratis: _____

Biblioteca Films - Apartado 707 Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos para el certificado.

QUINTA PARTE

Toda la alegría de su vida había desaparecido para Juan Watson. Su hermano muerto y asesinado, precisamente por la mujer a quien tanto amaba habían deshecho por completo su existencia. Ya no había para él más que un aliciente: el trabajo, y se entregaba a él como un poseído.

Una mañana estaban él y Carey en su lancha, pescando perlas, cuando después de haberse sumergido Juan varias veces, le dijo Guillermo:

—Déjame que baje yo ahora. Tú estás ya demasiado cansado.

Preparó la piedra y se arrojó al agua segundos después.

En las selvas submarinas, abismos de misterios con tesoros ocultos, emboscadas traidoras, existen esos monstruos voraces terror de los pobres pescadores de perlas y uno de ellos, un terrible pulpo, hizo presa de Carey, que comprendió que había llegado para él su último momento.

Y este instante en que todo ser, por criminal que sea, siente la acusación de la con-

ciencia, Carey sintió también el deseo de librar a su alma de la culpa por el asesinato de Jaime y por haber acusado injustamente a Mary. Casi agonizando tomó el cuchillo que llevaba y en la misma piedra que le había servido para bajar, pudo escribir:

"Yo maté a Jaime."

Juan en vista de que su compañero tardaba en subir, se tiró al agua y al llegar junto a él, lo primero que vio fué aquella inscripción. Comprendió toda la verdad del drama que había ocurrido y sin cuidarse de otra cosa que la de salvar la vida de un ser inocente abandonó a su suerte al asesino de su hermano y subió de nuevo a la lancha. Se vistió todo lo rápidamente que pudo y algunos minutos más tarde estaba con el Comisario, a quien le dijo:

—Por error mío, hemos cometido una enorme injusticia... Esa mujer, a quien acusé, es inocente... El asesinato lo cometió Guillermo Carey, mi socio. Ha confesado antes de morir.

No había terminado la entrevista del Comisario con Juan, cuando éste vio traer por varios soldados a Mary, que había sido apresada en la selva.

Corrió hacia ella y cuando consiguió que la dejaran en libertad, le preguntó:

—Mary, ¿podría usted perdonarme alguna vez?... Carey ha confesado que fué él quien

verdaderamente asesinó a mi hermano... ¿Qué tengo que hacer para merecer su perdón.

Por toda contestación, Mary le echó los brazos al cuello y le dijo:

—Abandonar esta isla, cuando llegue el barco y vivir conmigo siempre... siempre unidos para que nuestro amor pueda gozar de la dicha que hasta ahora le hemos robado.

Y aquellos dos seres que de tan lejos habían llegado a la isla misteriosa del Trópico sintieron renacer en sus corazones la esperanza de una vida nueva, de una vida completamente diferente, sobre la que brillara con toda su fuerza el sol diáfano de aquel amor que los unía.

F I N

SOLAMENTE
BIBLIOTECA FILMS

— puede ostentar el —
96 Título de la supremacía **96**
PÁGINAS DE TEXTO
ARTÍSTICAS ILUSTRACIONES

lea los grandes éxitos de esta temporada

Tomos a UNA peseta

EL DESFILE DEL AMOR	M. Chevalier
RIO RITA	Bebe Daniels
RASPUTIN	Gaidaroff
EL ARCA DE NOÉ	Dolores Costello
LA MASCARA DE HIERRO	Douglas Fairbanks
TRAFALGAR	Corinne Griffith
EL LOCO CANTOR	Al Jolson
LOS PECADOS DE LOS PADRES	E. Jannings
EL AMOR Y EL DIABLO	Milton Sills
MENTIRAS DE NINA	Brigitte Helm
LA MUJER DISPUTADA	Norma Talmadge
LA INTRUSA	Gloria Swanson
EL CAPITÁN DE LA GUARDIA	L. La Plante
¡ME PERTENECES!	F. Bertini

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo,
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos
para el certificado.

SEÑORITA !!



Esta será su lectura predilecta

SON LOS PRIMEROS TÍTULOS

CORAZONES ORGULLOSOS

Novela sentimental y amorosa,
llena de sublime sacrificio.

ASTUCIAS DE AMOR

Novela de asunto simpático y de-
mostración de lo que puede el
ingenio femenino.

EXPENDEDURIAS DE CARNE HUMANA

Novela inédita de gran emoción,
de *Alfonso Vidal y Planas*.

UNA peseta tomo

96 páginas
de texto selecto

Pedidos a

BIBLIOTECA FILMS.-Apartado 707- BARCELONA

Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco
céntimos para el certificado.